

Entre el Conservadurismo y el Liberalismo: Rodó y Bunge en torno al hombre latinoamericano

Marco Urdapilleta

Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM)

En estos momentos sería demasiado difícil fundamentar una nítida demarcación entre ideología liberal y conservadora tal como lo hizo la historiografía liberal decimonónica y su heredera -la oficial- substancialmente más interesadas en soportar su proyecto político que en la disciplina histórica. Desde esta perspectiva, una lucha tan contradictoria y compleja es resuelta llana y acríticamente con la identificación de conservadurismo con "atraso" y "reacción", "tradición", "catolicismo"; y liberalismo con "progreso", "materialismo", etc.

Esta antinomia está siendo ampliamente cuestionada a partir de un estudio profundo del devenir histórico e ideológico del siglo XIX. La primera observación que socava ese supuesto es la que marca la diversidad de matices que da lugar el término genérico "conservador". En efecto, el espectro es casi tan amplio que comprende desde un sector ultramontano incapaz: de concebir la historia porque hipostasían el pasado, hasta una posición que admite de buen grado algunas premisas del liberalismo y que hace del conflicto político casi una cuestión de etiqueta. Otra rectificación se desprende del hecho de que al hacer un acercamiento comparativo entre los países de la región, se detectó que los discursos y acciones políticas que en una nación son propuestos por los conservadores, en otros responden al nombre de liberales y viceversa, dependiendo de la coyuntura política interior y exterior.

El problema de la "indeterminación" de lo liberal y lo conservador no necesariamente lleva a inferir en todos los casos que la diferencia sea puramente

Marcos Urdapilleta

formal. Más bien apunta hacia la necesidad de una caracterización más sutil, más flexible en la medida en que incorpore elementos para esta distinción y que, sobre todo, se entienda como una respuesta más o menos articulada a una estructura social compleja, inestable y económicamente dependiente. No me considero capaz de elaborar un trabajo detallado y conclusivo sobre este tópico, sólo quiero ahondar en la problemática desde los límites de la Historia de las ideas, y particularmente, desde mi interés por el estudio del ensayo. En este sentido, este texto intenta ser un ejercicio que coteje dos ensayos: uno considerado dentro de la vertiente liberal que puede extenderse hacia el positivismo y otro marcado por la temática conservadora, sin que esto quiera decir que comparta la ideología conservadora para observar luego elementos conservadores en el primero y liberales en el segundo. Me interesa también ejercer una valoración, espero que objetiva, en torno al carácter "reaccionario" o no de estas obras.

Cabe marcar que no me interesa el análisis global de estos conocidos ensayos; es mi intención observar cómo se establece una disputa por la identidad de América Latina desde un momento en que las ideologías liberal y conservadora van desapareciendo del mapa político del continente.

Los títulos que forman el breve corpus son Nuestra América (1904) del argentino Carlos Octavio Bunge (1874-1918) y Ariel (1900) del uruguayo José Enrique Rodó (1871 -1917). Ambas obras, como lo acabo de mencionar, se encuentran ya distantes de los momentos álgidos de la lucha entre conservadores y liberales.

La religión

La cuestión religiosa ha sido uno de los puntos medulares de la confrontación entre liberales y conservadores; sería el punto adecuado para iniciar estas notas. Bunge pretende desprestigiar la labor evangelizadora realizada en América y se erige como crítico del catolicismo. Rodó, como ya es sabido, asume una defensa de la cultura hispana heredada de la colonia en oposición al mundo sajón, protestante.

La argumentación de Bunge comienza y se mueve en el marco del biologismo positivista y, a costa de la paciencia del lector, quisiera exponer la argumentación que precede a sus juicios sobre la deficiencia de la acción evangelizadora. El asunto es el de la raza: este tópico se encuentra ampliamente desarrollado y, de hecho, es

Entre el Conservadurismo y el Liberalismo: Rodó y Bunge...

el punto nodal de su reflexión sobre el devenir histórico de Latinoamérica. Las razas¹, continúa Bunge, son la clave para interpretar el **abigarrado panorama** de América. De acuerdo con esto establece que los tipos somáticos que forman esta unidad cultural son los **blancos**, los **indios** y los **negros**, cuya amalgama ha dado lugar, según la proporción genética, a la **psicología de las repúblicas**. Supone también el hecho de que las **razas** significan, al mismo tiempo, un conjunto de determinantes psíquicas con un factor que las polariza y proporciona el rasgo definitorio. De tal suerte, define a la **raza hispánica** en consideración a factores psicológicos y de disposiciones anímicas: **La arrogancia, la verbosidad, la falta de espíritu práctico**; para la designada **raza americana**, Bunge reserva la **pasividad**, la **venganza** y, para la **negra**, la **esclavización, blandura y servilidad**. (Cfr. 1978: 81-82).

No obstante, las razas -continúa Bunge- no sólo pueden ser definidas a partir de un cúmulo de cualidades psicológicas, sino que también es posible determinar en grado absoluto la superioridad de alguna. En la cima esta la raza blanca, incluyendo, pese a todas sus cualidades evaluadas como negativas, a la variante hispánica tenida como una casta dominante, pero en estado de degeneración (ver nota ***) esta óptica choca frontalmente con el humanismo de Rodó, y trae de nuevo a la palestra la polémica datada en los orígenes del colonialismo europeo: la aptitud de los pueblos extraeuropeos para ejercer su libertad y su logos, así como su capacidad para asimilar el dogma cristiano. Considero que Bunge, al igual que Sepúlveda varios siglos antes, establece una distinción entre seres humanos de primera, esto es, que cumplen cabalmente con el principio biológico de la especificidad humana y seres humanos inferiores marcados por las condiciones adversas del medio geográfico, y cuya humanidad, los rasgos, propios de la especie, se encuentran disminuidos o atrofiados. Encuentra, por consiguiente, que el hombre extraeuropeo no ha podido asimilar la ética cristiana, ni ha podido regir su conducta con libertad; el factor que lo impide obedece no tanto a un determinismo biológico como a un determinismo social²:

-
- 1 *Para Bunge el desarrollo de la humanidad sigue el siguiente proceso: el factor geográfico determina la formación de las razas, o sea la especificidad del ser humano, esta especificidad produce la guerra y la conquista que a su tiempo producen las clases sociales. Las clases dominantes construyen el estado, de tal forma que una diferencia étnica adquiere el carácter de política. También observa la posibilidad de movimientos sociales a favor de los grupos sociales o castas dominados, en el sentido de que al igual que los organismos vivos la casta dominante es susceptible a la degeneración*
 - 2 *Es importante aclarar que para Bunge la psicología del hispanoamericano depende tanto de factores étnicos como físicos y económicos, aunque tal parece que reviste mayor importancia el primer factor, porque el*

Marcos Urdapilleta

El rasgo distintivo y capitalísimo común a los indios v negros, a mestizos y mulatos, es la falta de un sentido moral cristiano. Este sentido moral, este imperativo categórico de nuestra conciencia, es una aptitud que los europeos heredaron de veinte siglos de ascendientes cristianos, y que no es posible improvisar en conciencias mestizas \ mulatas (1978: 28-29).

Es necesario detenerse un poco para determinar cómo caracteriza Bunge el cristianismo. A propósito de la *virtud* criolla de la *arrogancia* dice: "[...] *esta arrogancia, tan contraria al verdadero espíritu de igualdad, humildad, caridad del cristianismo [...]*" (1978: 67). Éstas son las virtudes del cristiano. Cabe preguntarse, entonces, ¿cómo debe entenderse su adscripción al principio de la superioridad de las razas, del dominio necesario de la raza más fuerte? ¿Dónde se puede ubicar el espíritu cristiano? En ninguna parte. Al mismo callejón sin salida orilló Las Casas a Sepúlveda cuando le recordó que Dios había creado al hombre y que por ello era perfecto, llamando herejía a la idea que sostiene la existencia de pueblos enteros en donde la esencia del hombre no se realiza cabalmente. Esto puede llevar a pensar que el texto no presenta una coherencia interna sólida, en parte esto es cierto pero lo fundamental es que ese conjunto de contradicciones -del cual tomé un caso- responde más a una argumentación de tipo ideológico que a un estudio coherente y sistemático.

Al margen de esta aclaración, volveré al axioma de Bunge: el pueblo latinoamericano carece del **mínimo sentido moral cristiano**. Así, aparte de justificar una desigualdad social heredera de la colonia, Bunge supone que los resabios coloniales ya no serían rémoras en tanto que se superara la **ética precristiana** del catolicismo ibero, tipificado a través del **honor**, cuya traducción a la axiología del argentino viene a significar el desprecio por el trabajo, el culto al ocio, la virtud más reconocida de los criollos:

Todos los demás males de las repúblicas americanas se originan en la desidia. Pereza de la imaginación es la falta de ideales. Pereza de la voluntad, la falta de iniciativas prácticas. Pereza de la inteligencia, la ausencia de originalidad, de previsión y de precisión. Pereza con los

Sociólogo argentino se mueve dentro de la órbita explicativa del biologismo evolucionista. Esta óptica parle, como bien lo ha establecido Ricaurte Soler (1978: 186-187), de la concepción mecanicista del proceso social en donde las leyes que regulan la sociedad derivan de principios biológicos, por consiguiente, las leyes psicológicas, ciada su proximidad con lo biológico, constituyen importantes factores de explicación social.

Entre el conservadurismo y el Liberalismo: Rodó y Bunge...

músculos, su decadencia física. Pereza en el ejercicio de los derechos y deberes políticos [...] (1978:106).

Esta idea toca de nuevo a Rodó, implícitamente el ideal de contemplación, de vida espiritual es para Bunge mera pereza, pues lo que debe proponerse el latinoamericano es actuar o, más específicamente, ocuparse de los rieles y los durmientes del progreso material, que a su vez supone de inmediato un mejoramiento de la conciencia. Todo ello significa para Bunge la necesidad de operar en "nuestra América" un transvasamiento cultural:

*Con lodo el muí, nuestro mal, no elche ser incurable... Solo un remedio hay contra nuestras calamidades: **Europeizarnos**, ¿cómo? Por el trabajo... Nunca nos será dado cambiar nuestras sangres, ni nuestra historia, ni nuestro clima. Pero si podemos europeizar nuestras ideas, sentimientos, pasiones. No contentarnos con tomar las formas de la cultura europea como tomaron los escolásticos las de la cultura grecolatina, sino penetrarnos en el espíritu, que luego ya adquiriremos nuestro propio espíritu /.../ (1978:98)*

En síntesis el proyecto histórico que vislumbra Bunge para Latinoamérica radica en una superación de lo americano, descrito como *Una inmensa torre de Babel a la que convergen todos los hombres, de (odas las edades de la historia*, a través del trabajo, virtud máxima de las naciones sajonas, trabajo que habrá de hacer transitar a América por los caminos del progreso indefinido. La identidad, la personalidad del continente americano sólo se alcanzará -porque dado que por su *babelismo* carece de ella- a partir de una interiorización de la cultura sajona que llegará cuando el latinoamericano adquiera el hábito de la productividad.

En contraposición, según Rodó, el proyecto histórico latinoamericano, su deber-ser, debe tender hacia la preservación de la identidad cultural substantiva y valiosa; es decir, debe autoafirmarse, a través del autoconocimiento: [...] sean pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos. (1968:5)++

Esta herencia consiste en un humanismo en el que confluyen la idea cristiana del *amor* y la griega de *belleza*. Esta confluencia viene a significar, en términos de Rodó, la negación de proyectos del género positivista y determinista, como el propuesto por Bunge, o en otros términos en el campo político significa una crítica a las burguesías que encabezan el estado oligárquico y cuya misión histórica fue

Marcos Urdapilleta

conducir la inserción del subcontinente en el proceso civilizador en turno. Argumenta que este tipo de civilización, la civilización industrial, portadora de los valores de la modernidad y su razón instrumental, es contraria a la naturaleza del hombre que es desde su perspectiva humanista una *armonía* del hombre consigo mismo en cuanto que puede y debe desarrollar todas sus capacidades, el hombre bajo circunstancia alguna no debe ser un medio sino un fin en sí mismo:

[...] el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre la finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva así como la deformidad y el empequeñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de un exclusivo objeto impuesto a la acción y un solo modo de cultura, la falsedad de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su pensamiento /.../ (1968: 31)

Para combatir esta creciente unidimensionalidad de la vida, Rodó sugiere el ocio como actividad necesaria para las ciudades que emergen al capitalismo: *Encuentra el ocio* (soñar, pensar, imaginar) pregona Rodó. Pero refiere el ocio griego, el que ha dado origen, primero a las academias helenas, y luego a las universidades.

El ocio, tiempo fuera de la actividad utilitaria, será ocupado para el perfeccionamiento moral, para la contemplación de la interioridad de cada ser humano. Para el espíritu pragmático de Bunge, la palabra “ocio” no puede remitirlo sino a la *halagaría* y *torpeza moral*, vicios congénitos de los latinoamericanos. Cada uno discurre hacia sentidos distintos pero llega a haber una intersección, en cuanto significa suspensión de actividades. Pero también hay una diferencia: para el uruguayo tiene el matiz de proyecto educativo, para el argentino, de cualidad de realidad de los hábitos de los latinoamericanos. Habría que ver qué sentido tiene este ocio en sus proyectos históricos: para el positivista, es una rémora que detiene el progreso, entendido como la mecánica y el fin de la ideología liberal-capitalista, para el uruguayo, es una manera de templar, de darle un cauce más humano a la avanzada capitalista. Para éste lo sustantivo del hombre es el hombre en cuanto ser con múltiples capacidades, para aquél, el hombre es el *homo faber*:

El pueblo

Bajo este apelativo los conservadores y liberales actuaron. Pero en realidad, después de las guerras de independencia, esta palabra ocultaba el temor a la impulsividad de las masas armadas y de voluntad tornadiza, prontas a apoyar al partido conservador, o al liberal o a los caudillos que fueran de su simpatía. La misión de las oligarquías liberales de fines del siglo XIX, luego de haber triunfado sobre los conservadores, fue supeditar el fenómeno de las masas anárquicas. Se alcanzó así el establecimiento de un Estado fuerte de corte autoritario, este estado represivo lo denominó Bunge *cacicato* cuyo origen se encuentra, una vez más, en una *pereza colectiva*:

Pero el caciquismo no elche .ver siempre un sistema retrógrado y tumultuario [...] El caciquismo llegará a adoptar, espero, una forma pacífica, la más pacífica, porque evitará la lucha de ideas y partidos [...] Tal será el "caciquismo civilizador " de nuestra edad moderna, por contraposición al "caciquismo bárbaro " de nuestra edad media, ¡largo paso hay tic Facundo Quiroga a Porfirio Díaz! (1978: 130-131).

Desde el contexto de la violencia armada de las décadas anteriores parece ser una consecuencia lógica el temor que demuestran Rodó y Bunge a la masa, a la multitud. Bunge desprecia al pueblo que no es apto para el trabajo, las razas no blancas y ve con buenos ojos el finjo migratorio europeo hacia Argentina. Ese es el pueblo que le interesa, un pueblo que no es proclive al desorden. Para este pueblo está reservada la democracia, para el otro la fuerza, la subordinación a los más aptos. En cambio Rodó no acude a los mismos patrones de distinción. De acuerdo con su humanismo cristiano, sugiere que la superioridad humana sólo puede darse en términos tales que no afecte la esencia del ser humano. Habla entonces de superioridades morales. El pueblo concebido como *masa anónima*, como *multitud* no es ni inferior (*bárbaro*) ni superior (*civilizado*). Pero Rodó no se refiere ya tan sólo a las montoneras domadas por Sarmiento y Roca, sino a las multitudes *anónimas, vulgares y mediocres* que pueblan las ciudades. Estos son los calibanes de este momento, la amena/a de la civilización. No obstante, no rechaza en ningún momento la democracia, es un valor y un hecho insalvable de la modernidad. Pero el valor de esta forma política reside en la opción que de a las personas de mayor inteligencia o de mayor mérito moral para guiar a la sociedad a la consecución de los fines de esa entidad ética que llama *cultura latina*.

Marcos Urdapilleta

Además, sitúa dentro de su proyecto latinoamericanista la necesidad de la democracia en cuanto campo de cultivo de las superioridades murales, como conductores de la sociedad. Parece que Rodó elige el *Areópago o Consejo de las Superioridades Morales*, tal como lo propuso Bolívar en su *Constitución* para Bolivia. Rodó, pues, desconfía del pueblo, lo ve como masa inconsciente; desconfía de su cultura, y propone que sea dirigido por Ariel, *el espíritu del aire*. Es obvio que esta idea patriarcal de la democracia impugna la violencia oligárquica de las dictaduras que justifican su dominio arguyendo la falta de capacidad del pueblo para *ejercer la res pública*. Esto es cierto, en tanto que la democracia es el ejercicio de una práctica que en todo momento ha sido escamoteada por las oligarquías en nombre del orden y la unidad.

La civilización material

Junto con la cuestión de la democracia, la de la ciencia es también esencial para Rodó: son los pilares del mundo contemporáneo. Rodó no la niega, la considera necesaria en cuanto que "sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas el reino del espíritu", (p.49). Es decir, es un soporte para una finalidad. Una sociedad que se vanagloria de la actividad y de su técnica, y cuya meta es el triunfo material, "[...] produce en su conjunto una singular impresión de insuficiente vacío".

En síntesis. Rodó argumenta, que no se trata de negar la *civilización sajona*, sino de valorar el humanismo de las *latinas* y postular el principio de *armonía* entre estas dos grandes directrices de la humanidad. En efecto, en las páginas de **Ariel**, se ha concluido un ejercicio de valoración al poner como valiosos a los latinoamericanos. Su herencia, su historia, su cultura, no debe ser desechada por la consigna de "seamos los americanos del sur", sino que debe ser conocida y valorada cuidadosamente en tanto portadora de las tradiciones humanistas griega y cristiana:

Comprendo bien que se aspire a ratificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesitan

3 Se trata, dice Rodó tic colocar a todos los miembros de la sociedad en distintas condiciones... [ante la posibilidad] de detener a su perfeccionamiento. Cuando se concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la solución de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente providencial de la cultura. (1968: 31).

Entre el conservadurismo y el Liberalismo: Rodó y Bunge...

concordar con las nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrado así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. Pero no veo la gloria, ni el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos –su genio personal [sobre todo si este es valioso] –para imponerles la identificación con un modelo extraído al que ellos sacrifiquen la originalidad irremplazable de su espíritu (1968:6).

¿La reacción?

Uno de los tópicos que han servido para definir el pensamiento conservador ha sido plasmado por el adjetivo “reaccionario”.

Como ya se dijo, esta identificación tendenciosa debe ser cuestionada. Rodó, como heredero de algunos elementos de la tradición conservadora, no es un reaccionario, ni Bunge. Personificaría exactamente una avanzada en la historia. Rodó constituiría, desde esta perspectiva, una respuesta asuntiva, latinoamericanista, frente a la imposición auspiciada por la ideología positivista, una cual Bunge recurre para justificar el proyecto de las oligarquías liberales.

Los argumentos de los positivistas⁴ en esencia, pueden resumirse en la necesidad de alcanzar un alto nivel de desarrollo material a cualquier precio, sin reparar ante el potencial de violencia y represión, ni ante la situación de dependencia neocolonial en que dejaban a sus naciones. En este tenor Bunge, al definir su proyecto histórico-cultural para Latinoamérica (se puede entender este término, de manera operativa, para los fines de este trabajo, como una conciencia de identidad y la posibilidad de desarrollo de ésta en un tiempo futuro), recurre a la psicología social y describe al subcontinente en términos de *babélico* (desordenado, informe, caótico) *\perezoso*, es decir, incapaz de realizar un despegue técnico y productivo. No de otra forma, su proyecto constituye una justificación del *status quo*, surgido del emergente proceso civilizatorio que instituyó a los nuevos centros dominantes como capitalismo industrial y a la periferia como formaciones neocoloniales.

4 Zea, al inquirir en torno a la función del positivismo en el subcontinente, constata que tomó el papel de filosofía salvadora, dado el caos en que se debatía la región. Pretendía servir para la superación de las trabas coloniales que agobiaban a las nuevas naciones, a partir de la propuesta de desterrar del cerebro el viejo orden mental a través de una nueva educación, o bien servir como soporte ético de un nuevo proceso civilizatorio.

Marcos Urdapilleta

Pero, ¿en que medida, se puede hablar de que esta concepción de la identidad latinoamericana sirva al proyecto de subordinación de América Latina? Es decir, que haga aparente su carácter reaccionario, en tanto que, si bien pretende librarse de los resabios coloniales, no es sino para continuar colonias, ahora bajo otro centro hegemónico.

El primer momento lo constituye la autoestima de inferioridad. En efecto, los latinoamericanos carecen de las cualidades necesarias para salir del marasmo colonial. Este es un producto lógico de su condición cultural, en apariencia invariable, debido a su herencia biológica y al clima. En síntesis, Bunge observa que los latinoamericanos no tienen un proyecto histórico propio, no son *raza fuerte*, permanecen detenidos en la historia por el clima y la biología: *la culpa está en la sangre y en el duna: la herencia y el medio hacen los pueblos*. La única respuesta ante este panorama consiste, dice Bunge, en cambiar nuestra identidad, ser como los otros y tomar un modelo, el Europeo. El punto de partida es el *trabajo*, que genera la riqueza y vence la *tristeza* y la *arrogancia*. Pero esta respuesta, a nivel discursivo, tiene un trasfondo que es preciso aclarar sucintamente para comprenderla en su totalidad. En esencia, como ya se dijo un poco antes, Bunge apoya un nuevo proceso civilizatorio⁵. Ideológicamente, el nuevo proyecto de dominio requería de una desvalorización o cosificación del pueblo que es o está siendo incorporado al proceso civilizatorio mediante *una actualización histórica* (cfr. Ribeiro, 1977: 35-42). En el caso latinoamericano, la división internacional del trabajo indujo a Latinoamérica hacia las plantaciones agroexportadoras y en general hacia la provisión de materias primas a los centros (abrilas, en las minas y en la incipiente industria manufacturera. La mano de obra se obtuvo, en la mayor parte de los casos, ocupando a los campesinos que previamente habían sido despojados de sus tierras. Este reacomodo económico y político se llevó a cabo bajo condiciones de coerción física que Agustín Cueva lo concibió como una segunda conquista. En el caso argentino, Bunge simplemente legitimaba la transfusión sanguínea posibilitada por la eliminación del indígena y por la importación de mano de obra disciplinada y en algunos casos calificadas.

El único camino para América del sur es *trabajar*, y el trabajo será entendido como la virtud que habrá de vencer el *ocio*, el pecado original de estas latitudes. En

5 Darcy Ribeiro (1977: 64-69) se refiere al proceso civilizatorio de la Revolución Industrial.

Entre el conservadurismo y el Liberalismo: Rodó y Bunge...

este sentido, Latinoamérica será sustantivo en cuanto sea capaz de imitar su modelo de ultramar. Este proyecto responde a la estrategia de la dominación neocolonial y reclama orden y progreso sin escatimar el costo social. En este sentido, se puede concluir brevemente que el proyecto histórico de Bunge, heredero del liberalismo de Sarmiento y Alberdi es francamente reaccionario, en tanto que supone una constitución de América Latina como *inferior*, antológicamente hablando, y por ello dependiente en vista a su incapacidad para el trazado de su historia, en tanto, que no pueda solventar los problemas que atañen a la *herencia biológica* y el *clima adverso*. Su salvación ya no estará en la religión, sino en el trabajo y el progreso. Es la ideología de la expansión civilizatoria europea, pero ahora adoptada y adaptada por los pueblos que reciben el impacto modernizador y su premisa axiológica es legitimar un estado de inferioridad de la región y plantear el proyecto y la utopía que deberá regir su devenir histórico en acuerdo con los paradigmas del centro rector.

El proyecto histórico de Rodó, en este sentido, es menos contradictorio y aunque se siente aún la problemática conservadora su vena no es la misma: se advierte una contraposición de cristianismos, la ética cristiana frente a la protestante: Bunge utiliza la versión sajona de "en el principio era la acción" para justificar la diferencia y la superioridad de unas razas sobre otras.

A este nivel podemos verificar que su concepto de Latinoamérica como entidad con un proyecto histórico no es en grado alguno mecanicista y determinista como el propuesto por el pensador argentino. Latinoamérica -piensa Rodó- se ha de transformara partir de impulsos propios, gracias a un dominio cultural que mediatice las fuerzas exteriores. Asimismo, hace suyo el proyecto democrático, el cual es rechazado por Bunge. Pero cabe cuestionarse, sin embargo, acerca de su impugnación al *status quo*, es decir, por su propuesta ideológica el plano de la acción política. En efecto, como sabemos, una de las críticas que con mayor frecuencia se le hacen a Rodó es la de idealista y esteticista en tanto que en su programa de acción política se ve menguado ese gusto por la contemplación espiritual y ese deseo de corte humanista y romántico, tal vez más que heleno de vivir una vida interior.

Las críticas, es cierto, son ampliamente justificables, pero es necesario no perder de vista que la lucha de Rodó fue esencialmente ideológica, y en este sentido

Marcos Urdapilleta

fue un pionero de la ideología antipositivista⁶ de Caso (1883-1946), Vasconcelos (1882-1959), Deústua (1849-1945) y Korn (1860-1936). En Fin, la misma conclusión: la reacción no puede ser identificada **a priori** con el pensamiento católico en la medida en que el positivismo también significó la aceptación de una nueva supeditación cultural.

Hay que tener bien claro que el antipositivismo de Roció no es excluyente y extrae de esta filosofía algunas valiosas enseñanzas como el *sentido de la relatividad, la justa consideración de las actividades terrenas*, entre otras, pero reconoce el lugar del positivismo ya no como la culminación de una formación intelectual.

Bibliografía

BUNGE, Carlos Octavio (1978). **Nuestra América**. Buenos Aires

CUEVA, Agustín (1984). **El desarrollo del capitalismo en América Latina**.
México D.F., Siglo XXI.

RIBEIRO, Darcy (1977). **Las américas y la civilización, proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos**. México
D.F. Extemporáneos.

RODÓ, José Enrique (1968). **Ariel. Liberalismo y Jacobinismo**. México. D.F. Porrúa.

SOLER, Ricaurte (1980). **El positivismo argentino**. México D.F. UNAM. ZEA, Leopoldo (1977).

El pensamiento latinoamericano. Barcelona, Ariel.